

CARTA-PRÓLOGO.

mi version no deben atribuirse más que á carencia de genio poético. Como no aspiro á adquirir gloria, tampoco temo la crítica, por severa y desfavorable que sea.

“Al dar á luz esta traduccion métrica de los Idilios de Bion de Esmirna, lo que me mueve es el deseo de promover en la juventud mexicana el estudio del incomparable idioma griego, é inspirar afición á su riquísima literatura. Algunos espíritus demasiado austeros juzgarán que mejor hubiera podido hacerlo con una traduccion ó un análisis de alguna homilía del Crisóstomo. Pero, sea dicho con perdon del Abate Gaume y de los admiradores de sus utopias, me atengo más á la experiencia de todos los siglos que nos han precedido, al ejemplo de personajes célebres por su piedad no ménos que por sus letras, y á las doctrinas contenidas en una carta reciente del Cardenal Vicario de Roma. Presentad á un jóven, no digo una homilía de un Santo Padre, sino una arenga de Demóstenes, y léjos de aficionarse á un estudio árido y difícil en los principios, arrojará gramáticas y diccionarios, y correrá en busca de una novela de Eugenio Sue. No así dándole desde luego la leche y suaves manjares que requiere la infancia: poco á poco se acostumbrará á más sólidos alimentos, y no le arredrarán despues las páginas de los Basilio y Gregorios. El mismo Crisóstomo se deleitaba en la lectura de los Cómicos Griegos, y á él debemos la conservacion de las pocas comedias que nos restan de Aristófanes. Aun el grande Apóstol San Pablo, no temió citar, entre los textos dictados por el Espíritu Santo, los versos de un poeta profano. Animado con tan ilustres ejemplos, no he vacilado en dar á luz la version castellana de los Idilios de Bion: si el público la juzga favorablemente, emprenderé otros trabajos mayores; si su fallo es demasiado severo, romperé para siempre mi destemplada lira.—Valenciana, 20 de Junio de 1868.”

Usted sabe la buena acogida que tuvo mi publicacion, y recordará que un año despues hacia yo imprimir en el periódico literario “*El Renacimiento*,” el Idilio III de Mosco, precedido de la siguiente carta á los Sres. D. José Sebastian Segura y D. Ignacio M. Altamirano:

“La benévola acogida con que honrásteis mi version métrica de los Idilios de Bion de Esmirna me sugirió la idea, ó mejor dicho, me confirmó en el propósito, de traducir en verso castellano á los otros dos Bucólicos Griegos. Las multiplicadas ocupaciones y viajes casi continuos me han privado de la tranquilidad y reposo que se requieren para semejante empresa; así es que apenas he podido delinear los principales cuadros de Mosco de Siracusa, sin acabar más que uno solo, y áun éste no me ha sido posible retocarlo. Es el que hoy os ofrezco, y en el cual presenta el discípulo á su maestro espirando víctima del veneno y llorado por los dioses, por los hombres y por toda la naturaleza. El original es inimitable; mi copia no puede ménos que ser pobrísima. Sea como fuere, á vosotros la dedico, y por vuestro medio á la juventud estudiosa de México y á los amantes de la Literatura Griega.”

Estas líneas trazaba mi pluma en vísperas de un largo viaje á Europa, África y Asia. A mi vuelta á América ya me era imposible disfrutar de aquella quietud y aquel ocio, si no indispensables, al ménos muy provechosos para los trabajos literarios. Revestido de una dignidad que solo me traía sinsabores; condenado por mi árduo ministerio á una vida

CARTA-PRÓLOGO.

errante, agitada y de incesante ocupacion, me fué preciso hacer pedazos lira y zampoña; y el báculo, que á Valbuena no impidió sonar la épica trompa ni el caramillo pastoril, entregado á Ipandro Acaico en sus verdes años, cortó el vuelo á su Musa casi adolescente. Pasó mucho tiempo sin que soñara escribir ni un solo verso, y creía que desde 1870 habia sonado la hora de exclamar con el Vate Latino:

Nunc itaque et versus, et cetera ludicra pono.

Me engañé. Acontecimientos que V. conoce, me hicieron volver á pulsar la zampoña á principios de 1875, mas bien por distraccion y juguete, que con el intento deliberado de consagrarme otra vez á la poesía. Mis quehaceres y sinsabores, en vez de disminuir, se habian centuplicado; pero esto mismo hacia que las Musas me suministrasen doble consuelo en medio de las amarguras que me aquejaban. Las noches insomnes me parecian breves, cuando las llenaba traduciendo algun pasaje de Teócrito; y los ardores del sol tropical se templaban para mí, cuando al trote sobre mi no cansado caballo, ponía en versos castellanos el viaje marítimo de la ninfa Europa, ó describía en romance los umbrosos verjeles en que se celebraran las fiestas de Céres.

Estos pormenores tengo que consignarlos, para que disculpe el lector las faltas inevitables y los descuidos de una version hecha con el ánimo agitado y el cuerpo extenuado con el movimiento, las fatigas de viajes continuos por regiones casi desiertas, y la inedia y privaciones que acompañaban á tales jornadas. No tenia yo entónces mas texto que la pequeña edicion de Boissonade (Paris, 1823), y en vez de diccionario, que no podia llevar conmigo, me ayudaba tan solo la version poética italiana de Pagnini, que en la edicion diamante de Florencia, podia guardar en mi faltriquera.

En el espacio de seis meses habia terminado la version de Teócrito y Mosco, y recordará V. que en Octubre de 1875 la empezó V. á dar á la prensa. El viaje á Europa que me vi obligado á emprender á principios del año próximo pasado, me fué en extremo provechoso. Visité varias Bibliotecas, conocí y cotejé casi todas las ediciones y muchos manuscritos de los Bucólicos Griegos, y pude comparar mi version con la mayor parte de las inglesas, francesas é italianas en verso y en prosa. Sin contar las ediciones de Parma, Paris, Lóndres, Dublin y Oxford

CARTA-PRÓLOGO.

que adquirí y conservo, pude pasar los ojos por las de Aldo Manucio (1495), Giunta (1516), Caliergo (también 1516), Enrique Stéfano (1566), Heinsio (1604) y Reiske (1765), á más de otras que no es preciso enumerar, y examiné minuciosamente los preciosos manuscritos que encierra la Biblioteca Laurenciana de Florencia.

No especificaré las traducciones por mí consultadas; solo sí manifestaré á V. el placer que sentí al ver que en ningun punto esencial habia errado, y que, como version, puede la mia sostener el cotejo con cualquiera de las que se han hecho hasta el dia. Particular satisfaccion me causó el ver la traduccion *expurgada* de un docto clérigo anglicano, cuyo nombre cometí la indiscrecion de no apuntar. No parece sino que nos habiamos puesto de acuerdo sobre los puntos que debian omitirse, y sobre el modo de hacer las convenientes sustituciones de palabras y frases. Si en algo diferimos, es en que yo he sido más escrupuloso al expurgar que el ministro protestante; y esto me tranquiliza más y más al dar á luz las poesías de Teócrito, pues no creo que los oídos meridionales sean más delicados que los ingleses.

Teócrito, al pintar la vida campestre, copió lo que veía sin reticencia alguna; y al expresar las pasiones de los pastores, no se paró á considerar si eran ó no conformes al deber y á los instintos naturales; de igual manera que San Pedro Damiano no tuvo reparo en describir los idénticos desordenados afectos, que en su tiempo predominaban á despecho del cristianismo. ¿Y será esto una razon para que los condenemos, y mirémos con horror cuanto han escrito? Si el primero no profirió una palabra de reprobacion para esos tristísimos deslices, fué porque su religion no los prohibia, sino al contrario, los autorizaba con el ejemplo nada ménos que del Padre de los Dioses, y de casi todos sus héroes y divinidades. Lo que sí debemos hacer, es suprimir de las ediciones de sus obras (fuera de aquellas destinadas tan solo á los eruditos y en el idioma original) todos los pasajes que ofendan al pudor; y hechas las supresiones y cambios necesarios, aprovecharnos de sus bellezas, y darlas á conocer á la juventud estudiosa.

Por eso omití por completo los Idilios XII, XXVII y XXIX de Teócrito; y cuando por cortesía del erudito Bibliotecario de la Laurenciana, tuve en mis manos el nuevo Idilio recién descubierto, me abstuve de traducirlo, á pesar de lo lisonjero que me habria sido el ser el primero en incorporarlo á las demás obras. Por eso suprimí el principio del Idi-

CARTA-PRÓLOGO.

lio XIII, y en éste y en el XIV hice varias sustituciones. Por eso el lector erudito hallará, al cotejar mi version con el original, varias omisiones de palabras y frases; muchos conceptos atenuados, y otras laudables infidelidades. Era mi intencion enumerarlas todas; pero al fin me he abstenido de un trabajo que resultaria inútil, cansado y quizás indiscreto.

Por lo demás, he sido fiel en expresar los conceptos, los giros y las frases del original; y aún los epítetos peculiares del idioma griego los he vertido siempre al castellano. Esto no quiere decir que me haya apegado al texto con escrupulosa minuciosidad. Antes bien he parafraseado una que otra vez; y aunque procurando conservar siempre el perfume griego, he revestido mi traduccion (si así puedo expresarme), con el traje español. Traducir á Homero en verso suelto, me parece practicable aunque difícil; pero, por hacer alarde de una fidelidad inoportuna, poner en endecasílabos no rimados odas pindáricas ó canciones bucólicas, lo juzgo en extremo impropio y altamente reprobable. A uno que otro Idilio conviene esta clase de versificacion; pero ni Garcilaso ni Valbuena hicieron á sus pastores cantar en verso suelto, ni Herrera en las églogas ó elegías que imitó y casi tradujo de Teócrito y Bion, huyó de las dificultades de la rima. Quien lea la version de los Bucólicos de D. Josef Antonio Conde, no solo no se formará una idea justa del original, pero ni siquiera podrá saborear un instante alguna de sus innumerables bellezas; tanto más cuanto que sacrificó en muchos puntos, á una brevedad y una concision incompatibles, la claridad y la exactitud.

No todas las obras que nos quedan de Teócrito, Bion y Mosco son del género pastoril. Del primero solo pueden llamarse composiciones bucólicas los primeros nueve Idilios y el undécimo. Me he servido de la silva para el I y II, tanto más cuanto que los *intercalares* que en ambos ocurren á desiguales distancias, casi no me dejaban otra eleccion. En el III, IV y V pude servirme de tercetos; el VI y XI los traduje en octavas. Al hacer la version del magnífico Idilio descriptivo que hallamos bajo el número VII, quise tener más libertad, y á despecho del incontentable Hermosilla, usé del romance endecasílabo: con todo, al tratarse de las canciones, las puse en estrofas iguales y rimadas. En el Idilio VIII, aunque la narracion está en silva, trasladé á los versos *amables* ó alternativos, en cuanto lo permite la índole de nuestro idioma, toda la regularidad de los griegos y latinos, y la severidad de sus reglas.

CARTA-PRÓLOGO.

En el IX puse en sonetos, y en el X en pequeñas estrofas de cinco versos, las canciones de los interlocutores, hallándose el resto en tercetos. De la silva me volví á servir para los idilios XIII y XXIV, y de los tercetos para el XVII, XX y XXIII, siendo este último una verdadera elegía. El animado diálogo del XIV, me pareció que estaria bien en cuartetas de ocho sílabas, á estilo de nuestras comedias antiguas; y en versos de arte menor puse igualmente el XXVII. La accion rápida del XXVI y el fuego báquico que respira, me pareció exigir estrofas decasílabas, y el XXX, que es una verdadera anacreóntica, no me dejaba eleccion. Los Idilios XXII y XXV son más bien himnos, y aún parecen fragmentos épicos, y los habria puesto en octavas, si los diálogos que en ambos se encuentran me lo hubieran permitido. Restábame escoger entre el romance endecasílabo y el verso suelto; y desconfiando de mí mismo, preferí el primero, que exige ménos maestría que el segundo. Me atreví, sin embargo, á desembarazarme de la rima y del asonante en el Idilio XVI: á ello se presta el asunto tan serio y la gravedad que respira desde el principio hasta el fin; pero no sé si habré tenido buen éxito en este mi primer ensayo. No cansaré á V. con más pormenores: V. y el público juzgarán si he acertado en mi eleccion de metros, y solo añadiré que, con excepcion del romance endecasílabo, en todo lo demás he procurado seguir las huellas de nuestros buenos poetas del siglo XVI.

Si para traducir bien á un poeta, se requiere otro poeta, segun el bien conocido axioma, para expresar en un idioma moderno la graciosa sencillez, la riqueza de lenguaje y la magnificencia de descripcion que caracterizan á Teócrito, seria preciso, no solo un poeta del calibre del modelo, sino una lengua tan flexible y tan rica como la griega. Difícil es encontrar reunidas todas estas circunstancias; y ni aún Virgilio ni Ovidio, á pesar de su genio y de la riqueza de la lengua latina, igualaron al Bucólico de Siracusa en los pasajes que imitaron ó tradujeron.

“Teócrito (dice el Italiano Vincenzo Gravina, *Della Ragion Poetica*, c. XXIII), Teócrito, que imitó las costumbres pastorales, fué felicísimo en su empresa; pues ni ofendió la simplicidad con su cultura, ni con representar los puntos más finos de las pasiones perdió el carácter de la rusticidad; y todos sus pensamientos y maneras parecen nacidas de la mente grosera de aquellos pastores. En las cosas y en las expresiones lo hallamos moderado por justas medidas, y templado por

CARTA-PRÓLOGO.

suauíssima gracia, que resulta de la dulce combinacion de las palabras y de la delicadeza que en todas partes conserva.”

Mosco y Bion ofrecen dificultades algo menores al traductor moderno. Más refinados que Teócrito, más cuidadosos en la eleccion de palabras, sin la sencillez ni la negligencia que en aquel encontramos, pueden sus Idilios traducirse más literalmente, sin que resulte tal simplicidad ó falta de elegancia que desagrade á nuestros oídos.

Toda edicion de los poetas antiguos ha menester de notas; y cuando se trata, sea de jóvenes estudiantes, sea de personas no versadas profundamente en la Mitología, Historia Antigua y Arqueología, éstas se hacen de todo punto indispensables. En las que he puesto al fin de mi version he procurado ser breve al mismo tiempo que claro, y he evitado particularmente el distraer la atencion del lector con multiplicados números y llamadas. La parte crítica y filológica es bastante reducida; me he extendido más en explicaciones históricas y mitológicas. La mayor parte son fruto de mis propios estudios en estas materias: algunas veces, cuando las necesidades del lector español me han parecido idénticas á las del lector italiano, y mi modo de pensar coincidía con el de Pagnini, me he aprovechado de las investigaciones, y casi de las palabras, del sabio Carmelita.

“En este tiempo de ampulosidad y de afectacion, no están nunca de más los ejemplos de una poesía natural, sobria y elegante, como la de los Griegos. Tenemos conceptos más elevados y más justos que los antiguos; pero nos falta mucho en el estilo, y es bien sabido que el estilo es la vida de la poesía.” De estas y otras observaciones semejantes se hacia preceder en Italia, no há mucho, la edicion de una gran parte de los Poetas Griegos, traducidos en verso Toscano. Me parecen muy acomodadas á nuestras circunstancias, y no puedo ménos que transcribirlas al lanzar al público mexicano y español mi version del Príncipe de los Bucólicos, y de sus dos gloriosos émulos. No sé qué crítico, al examinar las poesías pastoriles de Valbuena, manifiesta el deseo de que el Obispo de Puerto-Rico, en vez de imitar libremente, hubiese consagrado su gran talento á hacer una traduccion completa de Teócrito, Bion y Mosco. Los deseos del censor acaban de realizarse, en el país en que trazó *la Grandeza Mexicana* aquel grande ingenio, y en que estudió por vez primera los soberbios modelos en que calcó su *Siglo de Oro*. Muy inferior al del Prelado-poeta es el númen del temerario apren-

CARTA-PRÓLOGO.

diz que ósa en cierto modo emularlo; pero confío en que mi tentativa no será mal recibida por el público, y que incitará á otros á emprender trabajos más acabados del mismo género.

Doy á V. las gracias, amigo mio, por el ímprobo trabajo de revisar mis versos y corregir la impresion, que tuvo V. á bien tomarse; y las doy igualmente á nuestro co-académico D. José Sebastian Segura, que condescendió en asociarse á V. en la molestísima tarea. Acepte V., en prenda de mi gratitud y estimacion, la dedicatoria del primer Idilio, en mi concepto y en el de V. uno de los más bellos que escribió el Príncipe de los Bucólicos. A mi buen amigo Segura, en reconocimiento de sus trabajos y benevolencia, consagro la que con justicia se ha denominado *Reina de las Églogas*. A otras personas á quienes estoy ligado con los vínculos del parentesco, de la gratitud ó de la amistad, ó que me han estimulado en mis trabajos literarios, he dedicado igualmente otras versiones, y confío no desdeñarán esta manifestacion de mis particulares y desinteresados sentimientos.

En el mundo literario deseo ser conocido únicamente con el nombre de IPANDRO ACAICO, y ruego á V. y á todos mis amigos que no me arranquen el ténue velo del seudónimo que me asignó la *Arcadia* de Roma. Creo poderlo exigir aun de mis enemigos. Ellos, mejor que yo, saben que es grande agravio en el carnaval y prueba de salvaje descortesía, el llamar por su nombre ó descubrir al que lleva careta, por más que éste sea conocido y se le trasluzca el rostro bajo su antifaz. Los críticos más mordaces de la civilizada Europa han respetado siempre el seudónimo, y creo no es demasiado pedir lo mismo en la República de México.

La correccion y belleza de la presente edicion demuestran el buen gusto de nuestro tipógrafo, y el empeño que ha tomado en colocar su establecimiento á la altura de los mejores. Uno que otro descuido venial del cajista ó de mí mismo, lo hallará el público salvado en la *Fe de erratas*, que ruego al lector no deje de ver.

Réstame manifestar mi gratitud á nuestros colegas de la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española, por la deferencia, para mí tan honrosa, de hacer suya mi pobre version, publicándola bajo su nombre. Los temores que, aun á última hora me asaltaban, se han desvanecido por completo, al verme escudado por una corporacion que cuenta en su seno varones tan ilustres como Arango y Escandon,

CARTA-PRÓLOGO.

Bassoco, Collado, García Icazbalceta, Peña, y otros que V. y el público conocen y estiman. Esto me asegura el amparo de la insigne Academia de Madrid, á que estamos ligados con vínculos tan estrechos, y me granjeará tambien, como espero, la benevolencia de mis lectores.

Termino, amigo mio, esta larga Carta-prefacio, asegurando á V. la eterna amistad de quien se repite

Siempre Suyo,

IPANDRO ACAICO.

México, á 29 de Setiembre de 1877.